

Y OLVIDÉME

EN la cocina de una casa de Mundaca,
estoy mirando
la pared de cal azul,
la mesa de mármol,
el turmis amarillo
y tres plátanos sobre las baldosas blancas.

Esta casa,
en otro tiempo, fue habitada por un viejo marino
que llegó a Manila e incluso le nombraron alcalde
de aquella ciudad,
eran los tiempos de Eximista y de los primeros ar-
madores vascos
que lanzaban sus bergantines al mar con la misma
tranquilidad que un niño su barquito de papel
en el estanque.

Ved aquí, de cuerpo presente,
el Cantábrico capaz de hacer añicos las columnas de
Hércules.

Allí el rasguño cruel de sus acantilados
y el arañazo de los arrecifes.

Hoy

la mar está tendida como el hule humilde de una
mesa.

Sopla un ligero noroeste y las lelas campanillas
del borde del sendero
oscilan un instante entre las zarzamoras,
mientras el débil peral desparrama las hojas entre
el azul.

La mesa de mármol
permanece impasible,
y la silla de enea reposa en sí misma,
y yo la miro lenta, ensimismadamente,
y me olvido de fumar, de mirar, de escribir...

Mundaca, julio 1968

